

CAPÍTULO II

LA CIENCIA SAGRADA.—SUS FUENTES

Hemos dicho con San Bernardo que «la palabra, el ejemplo y la oración son los tres bienes que el predicador debe asegurarse.»

Comencemos por la palabra, no esa palabra vacía y estéril que al decir de San Pablo «halaga al oído sin abrir á las almas el camino de la verdad» (1), sino esotra llena y fecunda que es en boca del apóstol canal por do se trasmite la *ciencia sagrada* que rebosa en su alma.

Llámase ciencia sagrada á la Teología, que, fruto de laborioso y piadoso estudio, es como todas las ciencias un conjunto de verdades deducidas de principios ciertos y dispuestas por su orden natural. Está subordinada, en expresión propia de Santo Tomás, á las luces superiores de Dios y de los bienaventurados (2). Lo que se dice y se ve en la esencia Divina, tórnase por gracia inefable patrimonio de la inteligencia humana.

(1) II Tim., IV, 3.

(2) *Summ. Theol.* I. p., quaest. 1, a. 2.

Los rayos del sol eterno que iluminan á los espíritus angélicos, han llegado á nosotros, y nubes misteriosas han llovido en el valle de nuestro destierro el maná escondido que se sirve en los convites del Cielo: es la doctrina revelada que contiene los principios de la fe. Estos principios los contempla la razón, no en sí misma, sino en los lugares donde plugo á Dios atesorarlos.

Es el primero de esós lugares la Escritura, admirable historia de las relaciones entre Dios y la humanidad; ella contiene, además de la narración auténtica y sincera de los prodigios obrados desde el principio del mundo, la suma de revelaciones caídas en diferentes tiempos de la boca del Altísimo en forma de profecías y milagros; fúndase en sí misma como palabra del Verbo que es luz de las almas. Habla el Señor á hombres de su elección, y les manda estereotipar lo que oyen: *Scribe! scribe!* dice á Moisés y á los profetas. «Toda la Escritura es por Dios inspirada para enseñanza de la humanidad» (1).—«Dios que en otro tiempo hablaba á nuestros padres por boca de los profetas, habló al fin por medio de su propio Hijo.» (2) Al entrar en los Cielos

(1) «*Omnis Scriptura divinitus inspirata est utilis ad docendum.*» (II Tim., III, 16).

(2) «*Multifariam, multisque modis olim Deus loquens patribus in prophetis: novissime diebus istis locutus est nobis in Filio.*» (Hebr., I, 12).

ese Hijo adorable, abrió en ellos dilatada brecha por donde se precipitaron torrentes de luz. El Espíritu de Dios enseña á los Apóstoles lo que han de decir, vive y palpita en sus escritos. Convertida su palabra en monumento, «no es ya palabra de hombre sino palabra misma de Dios.» (1) Así lo creyeron los antiguos, y así lo creen todos aquellos á quienes Cristo ha regenerado con su sangre y que han permanecido fieles á la fe de su bautismo.

Mas no todo se contiene en la Escritura, y ella misma lo asegura. Dice S. Juan al final de su Evangelio: «¡Tantas cosas ha hecho Jesús que, si fueran á escribirse, no cabrían los libros en el mundo!» (2). Otro lugar, pues, ha recibido también los principios de la fe y es la Tradición. Esta precedió á la Escritura, y ladeándose hacia ella, como vaso lleno le transfundió la doctrina celestial. Jesucristo no dijo á sus Apóstoles: *Escribid*; sino: *enseñad*. Ni ellos dicen: *Leed*; sino: *Escuchad*. «*Estad firmes y mantened las tradiciones que habéis aprendido*» (3). A ellas hay que acudir

(1) «*Non verbum hominis, sed vere verbum Dei.*» (I Thess., II, 13.)

(2) «*Sunt autem et alia multa quæ fecit Jesus, quæ si scribantur per singula, nec ipsum arbitror mundum capere posse eos qui scribendi sunt libros.*» (Joan., XXI, 25).

(3) «*Fratres, state et tenete traditiones quas didicistis.*» (II Thess., II, 14).

cuando la letra calla (1). Comenzada la Tradición en la nueva Ley por los Apóstoles, la conservaron los Padres, los doctores y los fieles, y la Iglesia ha recogido y consagrado sus testimonios y enseñanzas.

El primer depósito de los principios revelados es la Iglesia que domina todos los demás sin rebajarlos y canoniza su integridad. Podrá el hombre, con torpe osadía ó diabólica malicia interpretar la Escritura, violentarla y darle sentidos que jamás ha tenido; podrá, como infiel depositario de una transmisión muchas veces secular, hacer traición al pensamiento de sus padres y corromper sus tradiciones; pero contra un cuerpo docente, formado de los genios de la humanidad cristiana y constantemente penetrado por la divina virtud del Espíritu Santo, son impotentes las locuras y perfidias humanas. La Iglesia nos remonta á las puras fuentes de la revelación, que son los Libros Sagrados y las enseñanzas tradicionales cuya autenticidad é integridad nos asegura y cuyas santas oscuridades nos explica; su autoridad sobrehumana nos anega en el seno de Dios, donde bebemos en abundancia las verdades sacratísimas objeto de nuestra fe. Sigamos bien este movimiento; sin él, jamás podremos conocer

(1) «*Ad traditum nobis ab initio sermonem revertamur.*» (S. POLYCARP. *ad Philippenses*).

á fondo la naturaleza de la ciencia teológica ni determinar infaliblemente su lugar.

El Hijo de Dios, lejos de imponerse autoritativamente como los doctores humanos, aduce á cada paso su misión. Diríase que rehuye la responsabilidad de su enseñanza, que teme la ilusión de nuestros sentidos, ó no ser bastante divino en su doctrina. Impide nos detengamos en las riveras de su carne adorable y nos impulsa hacia el principio eterno, infinito, de toda verdad y autoridad. «Mi doctrina, dice, no es mía, sino del que me ha enviado.» (1) Al mandar añade: «He recibido esta orden de mi Padre.» (2) «El Padre que me envió, ha regulado con su mandato lo que he de decir y enseñar, y sé que su mandato es vida eterna.» (3) «No hablo sino cual mi Padre me ha dicho que hablase» (4).

Muy pequeño parece Jesús, pero ese lujo de humanidad y deferencia oculta un grande y saludable designio. Quiere el divino Maestro, apoyándose en su eterno y único principio, servir de pun-

(1) «*Mea doctrina non est mea, sed ejus qui misit me.*» (Joan., VII, 16).

(2) «*Hoc mandatum accepi a Patre meo.*» (Joan., X, 18).

(3) «*Qui misit me Pater, ipse mihi mandatum dedit quid dicam et quid loquar, et scio quia mandatum ejus vita aeterna est.*» (Joan., XII, 49).

(4) «*Quae ego loquor, sicut dixit mihi Pater, sic loquor.*» (Joan., XII, 50).

to de unión á todas las misiones sagradas que han de llevar su doctrina á las extremidades del tiempo y del espacio, y hacernos retroceder en la corriente luminosa de la verdad hasta su fuente infinita. El Padre pasa entero al Hijo que envía, y el Hijo pasa todo El á los que le suceden. El Padre invisible se manifiesta mediante un Dios Hombre; el Hijo desaparecido se continúa en la Iglesia, á quien reviste de sus oprobios y sus glorias, y en cuyas manos deposita el cetro real y divino de que se ha servido para gobernar al espíritu humano.

¡Admirable movimiento! Dios engendra á su Hijo que es verdad, el Hijo engendra á la Iglesia, y, semejante á esas soberbias vegetaciones que crecen sin reposo ni tregua en los climas afortunados donde la naturaleza no muere, la Iglesia, fecundada por Cristo, se propaga en su propio seno. No es solo el primer testigo, es también el mayor de los doctores. A los que le preguntan ¿de dónde vienes? ó ¿á dónde vas? Ella, como el mismo Jesucristo, responde: «Soy hija de Dios y señora de los siglos venideros. Mi doctrina no es mía, sino de Dios que me ha enviado. El Padre que me envió, regula con sus órdenes lo que digo y enseño.» Tiene perfecto derecho para hablar así; pues á Ella únicamente se ha dicho: «Fundaré mi Iglesia en piedra inconvencible, y las poten-

cias infernales no prevalecerán contra ella» (1). «Id, instruid á las naciones, enseñándolas á observar cuanto os he confiado» (2).—«Quien os escucha, á mí me escucha; quien os desprecia, á mí me desprecia» (3).—«Como mi Padre me ha enviado (con la misma autoridad, las mismas luces, la misma verdad), os envío yo á vosotros» (4). Por fin, estas palabras capaces de asegurar á la humanidad contra su incapacidad, sus debilidades, vacilaciones, dudas y terrores: «He aquí que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos» (5).

Es, pues, la Iglesia el monte santo sobre el cual se cierne indefectiblemente el sol de la verdad, monte fértil del cual descienden al alma humana los principios revelados, por suaves y generosas vertientes. El alma los recibe y de ellos se posee: tal es el principio de la ciencia sagrada, de la Teología.

Cierto que la sombra del misterio rodea los principios revelados y que no es dado á la Teolo-

(1) «*Super hanc petram edificabo Ecclesiam meam, at porta inferi non prevalebunt adversus eam.*» (Matth., XVI, 18).

(2) «*Euntes, docete omnes gentes, docentes eos servare quaecumque mandavi vobis.*» (Matth., XXVIII, 19).

(3) «*Qui vos audit, me audit; qui vos spernit, me spernit.*» (Luc., X, 16).

(4) «*Sicut misit me Pater, et ego mitto vos.*» (Joan., XX, 21).

(5) «*Ecce ego vobiscum sum, usque ad consummationem sæculi.*» (Matth., XXVIII, 20).

gía proceder de evidencia inmediata y actual semejante á la de los principios que por medios naturales conocemos; pero recuérdese lo que nos ha dicho Sto. Tomás, que la Teología es ciencia subordinada á las luces superiores de Dios y de los bienaventurados: una ciencia subordinada no pide evidencia inmediata y actual. La música se subordina á cálculos matemáticos y geométricos; y sin embargo, los artistas compositores, aún los que producen trabajos llamados con razón obras sabias, los Mozart, Beethoven, Eslava, y otros no se preocupan de las matemáticas ni de la geometría musicales. Aceptan sus principios de una ciencia superior que los ve con evidencia inmediata y actual, contentándose para sí mismos con una evidencia mediata y radical.

Esta evidencia es precisamente la de los principios de la Teología. Claramente se nos demuestra la autoridad divina de la Iglesia que nos los propone: y no hace falta más. Por ella sabemos que los principios son ciertos y vistos, con suma evidencia, en el origen de que dimanen.

Ciertos los principios, puede la Teología obrar científicamente; y es lo que hace, aplicando las fuerzas lógicas de la razón: uniendo entre sí proposiciones reveladas, ó tomando de la naturaleza una verdad general que enlaza con algún principio de fe, determina un movimiento fecundo, del

cual procede una conclusión teológica. Nada más natural, pues: «Acá nace la verdad como la vida, dice José de Maistre, tienen que desposarse dos proposiciones para engendrar una tercera.» Todas las ciencias humanas nacen de este intelectual himeneo. Todas se componen de una serie más ó menos larga de generaciones intelectuales, legítimamente salidas de reducido número de verdades primordiales, en las que contempla nuestra razón los múltiples alumbramientos que ella misma ha preparado con sus labores. Pues si los principios subalternos de la naturaleza por su unión lógica se fecundan, ¿por qué han de ser estériles los principios superiores de la revelación? Dios no los ha empobrecido ni mutilado haciéndolos pasar por el seno virginal de la Iglesia: nos llegan de lo alto con toda su fuerza generadora; la razón los une, y producen todo un pueblo de verdades santas que, bajo la enseña de sus antecedentes divinos, forma el mundo teológico. Nuestras Sumas y tratados pueden, sin más, dar á quien quiera leerlos una idea de la prodigiosa fecundidad que resulta de las fuerzas lógicas de la razón aplicadas á la revelación.

No se limita la ciencia teológica á este primer procedimiento. Hay en la razón otra facultad, la facultad comparativa que unida á su virtud lógica,

atenúa la oscuridad de lo incomprensible, y produce en torno de los misterios cierto crepúsculo, que nos dispone á los esplendores de más perfecta visión.

No nos prohíbe Dios dilucidar con respetuosos esfuerzos, antes de la visión del Cielo, las verdades trascendentales propuestas á nuestra creencia. Los entendimientos que, enconados se refugian en insolente negación de lo incomprensible, lejos de mostrar fuerza, acusan su endebles y su incapacidad: una razón vigorosa ni se desanima, ni abdica ante los misterios; siéntese, por el contrario, atraída hacia ellos y trata de verlos mejor, si no puede comprenderlos.

Los misterios se ven mejor estudiando sus reflejos. Es el mundo visible como espejo del invisible. La esfera sobrenatural rodea la esfera de la naturaleza, y sobre ella proyecta una luz que se nos proyecta por múltiples refracciones. Las existencias superiores son perfectamente originales y típicas respecto á las existencias inferiores, resultando posible acercar esos dos términos en nuestra inteligencia mediante analogías transparentes; crear merced á las formas participadas de la naturaleza, una especie de luz crepuscular, en que la razón ve mejor la conveniencia de los misterios, su lugar en el sistema general de la verdad, y su punto de conjunción con los principios

adquiridos por la reflexión y la experiencia. No es el resplandor de mediodía, es el de la noche serena y estrellada. El espíritu se goza en esa creciente claridad que le hace presagiar, esperar, desear con piadosa impaciencia, la final inundación de la luz de Dios. Así se han ilustrado los misterios de la Trinidad, del mundo angélico, de la Encarnación, Redención, Gracia, Sacramentos, moral y perfección sobrenaturales.

Fecundados los principios, dilucidados los misterios, ¿qué más falta? Una síntesis en que la Teología, aplicando la facultad metódica de la razón condensa sus trabajos y nos da, como revelación suprema, una música intelectual que alegra nuestra alma y canta la gloria de Dios revelador. Semejante al astrónomo que, examinados cada uno de los astros, metodiza sus observaciones valiéndose de los sistemas, y los agrupa en derredor de una nota central y reguladora que determina el tono y movimientos de cada frase del concierto sideral, el teólogo después de estudiar, fecundizar y dilucidar cada una de las verdades reveladas, las ordena y agrupa cabe el dogma central y regulador del mundo sobrenatural, que es el infinito viviendo en tres personas. Su síntesis es un concierto intelectual que adquiere toda la fuerza de una demostración. El alma que sabe escucharle sin preocupaciones sistemá-

ticas exclama: ¡Qué bello, qué verdadero! ¡Belleza y Verdad divinas! Porque lo bello es el esplendor de la verdad.

Tales son las fuentes y los procedimientos de la ciencia sagrada. Los que aspiráis al ministerio de la palabra Santa, debéis adquirir esa ciencia: sin ella nunca sabréis hablar como deben hablar los apóstoles.—No me digáis que los Apóstoles, primeros predicadores de las verdades cristianas, no hicieron estudios. Fueron instruídos por el mismo Verbo de Dios y recibieron, para hablar la plenitud del Espíritu Santo. No habéis de contar vosotros con ese privilegio, y si es cierto que necesitáis las luces y la asistencia de Dios para desempeñar el sagrado oficio de la predicación, y fuera absurdo imaginaros que podéis sin estudio, abandonaros á inspiración superior. Debéis estudiar larga y concienzudamente.

Acudid ante todo á la primera fuente de la ciencia sagrada, la Escritura. El divino Maestro os invita. «Estáis en error, dice á sus adversarios, porque no conocéis las Escrituras.» (1)—«Estudiadlas, profundizadlas, y veréis que dan testimonio de mí.» (2)—Explicando él mismo las Escrituras, convence á sus discípulos de la verdad de

(1) *Erratis, nescientes Scripturas.* (Matth. XXII, 29).

(2) *Scrutamini Scripturas:—ei ille sunt quæ testimonium præbent de me.* (Joan., V, 39).

su resurrección (1).—Y entonces no estaba completo el Canon de los Libros Sagrados. Hoy le poseemos entero. Agradeced á Dios el haberle acabado por la palabra inspirada de sus Apóstoles, é id á beber en esa fuente sagrada de las divinas revelaciones.

Vuestros maestros no dejarán de excitaros á leer diariamente algunas páginas de la Sagrada Escritura. Seguid su consejo, y llegados á las últimas páginas, volved á las primeras, sin cansaros nunca de recorrer los mismos senderos de luz. Ni os contentéis con leer, profundizad: haced por comprender los diversos sentidos del libro divino, por determinar claramente el sentido literal, por descubrir el sentido espiritual oculto bajo el primero y por sacar el sentido profético envuelto con frecuencia en santas oscuridades.

Seguramente hallaréis dificultades. Emplead en su resolución la lectura y estudio de los comentaristas. Natal Alejandro en su *Institutio concionatorum*, pone una lista en la cual recomendaré, para los diferentes libros del Antiguo Testamento, á Orígenes, S. Basilio, S. Gregorio Niceno, San Crisóstomo, S. Teodoreto, S. Gregorio Magno, S. Ambrosio, S. Agustín, S. Jerónimo, San Bernardo, S. Buenaventura, entre los antiguos;

(1) *Luc., XXIV, 27, 32.*

de los menos antiguos, Estío, Cornelio á Lápide, Menoquio, Belarmino, Maldonado, Ferrand, Jansenio de Gante, Bossuet. Para el Nuevo Testamento: los Padres y autores que acabo de citar, San Cirilo, el V. Beda, la *Catena Aurea* de Santo Tomás y sus Comentarios sobre S. Pablo.

Me diréis que es un trabajo largo y penoso. Podréis abreviarle muy bien estudiando las obras y comentarios de los autores modernos que fundados en la autoridad de los antiguos, han aplicado á la explicación de la Biblia los progresos de la ciencia y de la crítica. No fiéis, sin embargo, de esa crítica exagerada, tomada á veces de los enemigos de la revelación, cuyas exigencias y excesos nos harían dudar de la autoridad de los Libros Santos, si la Iglesia no nos recordase su divina inspiración.

Tampoco basta leer y comprender; hay que aprender, ó sea retener de memoria, si no todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, al menos los pasajes importantes que sirven de apoyo á la ciencia teológica y que más adelante darán á vuestra enseñanza autoridad divina. Práctica era de nuestros padres y de los oradores eminentes que han ilustrado el púlpito cristiano aprender de memoria los Libros Santos. Sabían fundir en sus discursos el texto sagrado que poseían, dando á su palabra la incomparable grandeza

que arrancaba á los oyentes del divino Maestro estas palabras: «Nadie jamás habló como este hombre.» Finalmente, ya que habéis de predicar sobre todo á Jesucristo, su nombre, su doctrina, su ley, sus gracias, sus promesas, manejad de modo particular para vuestra lectura, meditación y ejercicio de memoria, los libros más llenos de Jesucristo y de las elevadas máximas que prepararon el espíritu humano para las nobles, puras y santas enseñanzas de la moral y perfección evangélicas: tales son los Salmos, los Libros sapienciales, los Profetas, los Evangelios, las Epístolas de San Pablo y demás escritos de los Apóstoles.

La Escritura es la primera fuente de verdad divina á donde habéis de acudir; pero tened en cuenta que no todo lo que debemos creer y enseñar está claramente determinado en los Libros Santos. Por el canal de la Tradición comunicaron los Apóstoles y los primeros discípulos toda la doctrina celestial, cuya difusión en el mundo se les había encargado. No son los Padres y doctores meros comentaristas de la palabra escrita; son ecos del testimonio apostólico que por ellos, se ha trasmitido de una á otra generación cristiana. Es, pues, de gran importancia conocer sus cartas, apologías, tratados, catequesis y refutaciones de herejías, donde podremos seguir el desarrollo de las verdades reveladas que en las Sa-

gradas Escrituras de un modo oscuro se indican, y en consecuencia la historia de los dogmas.

Mas no perdáis de vista que á la Iglesia toca refrendar en último término el sentido de la Escritura y las enseñanzas de la Tradición. A ella en definitiva hemos de escuchar, y por ella dejarnos conducir. Su autoridad se impone por virtud divina, y todo entendimiento cristiano debe celebrar que así sea, ya que, escuchando la enseñanza de ella, escucha al mismo Dios. Estudiad, pues, sus concilios, su legislación, su liturgia, las encíclicas y decretos de sus jefes supremos, el magnífico y admirable Catecismo compuesto y publicado bajo su dirección y aprobación para servir de regla á la palabra de los predicadores. No contentos con respetar sus definiciones y mandatos formales, imponeos el deber de seguir sus consejos y abrazar las opiniones á que ella más se inclina. Evitad ese espíritu de independencia que, haciendo separación de aquellas verdades formalmente propuestas por la Iglesia, se cree rígidamente ortodoxo aunque trate á la ligera las que aun no han sido propuestas con solemne definición á la creencia del mundo cristiano. Sin duda, no todas las opiniones de los que enseñan en la Iglesia son doctrina de la Iglesia, y tenemos derecho á examinarlas; pero hay verdades sobre las cuales más de una vez ha expresado la

suprema autoridad su sentir tan claramente, que es imposible prescindir de él sin herir profundamente el sentido cristiano; ¡cuánto más el apostólico! ¡No fuera triste y vergonzoso oiros decir, como á ciertos católicos y hasta sacerdotes demasiado amigos de la libertad de opinar, que la Iglesia viene rezagada en el movimiento progresivo de la humanidad, que se obstina en añejas teorías, etc.? Espero que así no sea, y que, fijos siempre los ojos en la divina maestra de las almas, adoptaréis por regla de vuestros estudios y trabajos esta divisa: «Pensar con la Iglesia y como la Iglesia: *Sentire cum Ecclesia.*»

Saciados en las fuentes de la verdad divina, podréis emplear segura y fructuosamente los procedimientos de la ciencia sagrada para fecundizar los dogmas, dilucidar los misterios y poner de relieve la divina belleza de las verdades de fe; en una palabra, podréis hacer Teología. No os faltarán maestros; oid religiosamente sus lecciones. No pretenden enseñároslo todo, sino desempeñar, respecto de vuestras jóvenes inteligencias, oficio de iniciadores. Ni creáis terminados vuestros estudios al agotar la serie de tratados que componen las teologías elementales; entonces precisamente comenzáis.

Si hubieseis de seguir la carrera de enseñanza teológica, os aconsejaría un estudio comparativo

de las obras más notables. Pero ya que os destináis al ministerio de la palabra, dedicaos para toda vuestra vida á algún gran teólogo. Es el mejor medio de concentrar vuestras fuerzas oratorias, y hacer converger los rayos de un gran lumínar sobre los temas que habréis de tratar en el púlpito cristiano.

Entre todos los teólogos, hay uno que puede llamarse príncipe de la ciencia sagrada. Consagró al estudio constante de las verdades divinas, las admirables facultades de que Dios le había dotado: vasta y fiel memoria, que retenía para siempre lo que una vez había leído, extraordinario poder de reflexión, inteligencia pronta en concebir, fértil en profundos y sublimes pensamientos, amor al trabajo que con frecuencia le hacía sacrificar el reposo nocturno á la meditación de los grandes problemas cuya solución buscaba. Bebió en todas las fuentes, y cuando agotadas sus fuerzas por un trabajo sin recompensa humana, moría legando obras maestras al mundo, podía decir con el Sabio: «Por todas partes anduvo mi espíritu buscando, sondeando y conociendo la sabiduría y la razón de las cosas» (1). El inmenso crédito que gozó en vida se convirtió en verda-

(1) «*Lustravi universa animo meo, ut scirem et considerarem et quærerem sapientiam et rationem.*» (Eccle., VII, 26).

dera soberanía después de su muerte. Los maestros de la humanidad han comentado su doctrina, como los Padres y Doctores comentaron los Libros Santos. En el más célebre de los concilios, su Suma Teológica se abrió en el mismo trono, al lado de la Biblia. La Iglesia por órgano de los Sumos Pontífices, aclamó su doctrina segura, verídica, entre todas eminente, milagrosa, divina; y no há mucho decía el Papa León XIII al universo católico: «El Doctor Angélico llena la tierra con el esplendor de su enseñanza. La razón llevada en sus alas, no puede ya subir más alto, y la fe apenas puede esperar de la razón auxilios más abundantes y poderosos que los que le presta Tomás de Aquino» (1).

La Teología de Santo Tomás se halla hoy en plena reviviscencia. Leed y estudiad sus obras, y servíos en ese estudio de los comentadores más autorizados. Pasad rápidamente las cuestiones sutiles que conviene conocer, y dedicaos con preferencia á lo que se llama materias predicables. Para tratar un asunto, buscad en la Suma y en los opúsculos todo lo que á él dice relación. Hay ciertas cuestiones y artículos que pueden dar planes fecundos de series y de sermones. Más aún: hay á veces en el cuerpo de un artículo ó en una

(1) Encyclic. *Aeterni Patris*.

respuesta á las objeciones profundas sentencias sobre las cuales un espíritu reflexivo puede componer todo un discurso.

Resumiendo, si queréis ser buenos predicadores, sed buenos teólogos, y ganaréis no sólo elevación de pensamientos, solidez de raciocinio, seguridad de doctrina, sino también perfecta exactitud de lenguaje que os permitirá, aún en los más fogosos transportes de elocuencia, no hacer nunca traición á la verdad, como desgraciadamente sucede á más de un orador sagrado.

Llamado á Roma un predicador de fama para predicar una serie de sermones en la iglesia de San Luís de los Franceses, fué á oírle el Secretario del Índice, amigo suyo, no tanto para fijarse en su doctrina como por el atractivo de su elocuencia. Terminado un sermón, le preguntó el orador jocosamente si había alguna herejía que perseguir. «Nada menos que seis, respondió sonriendo el sabio oyente. De seguro que no existen en su corazón, pero estaban de cuerpo entero en su palabra. Corríjalas y queda V. perdonado.»

Si el ilustre orador hubiera sido buen teólogo, fuera irreprochable en su lenguaje como en su fe.

CAPÍTULO III

CIENCIA SAGRADA.—AUXILIARES

Decimos que el predicador debe ser buen teólogo; y no lo será, si no emplea discretamente los servicios de las ciencias subalternas cuya reina es la Teología.

«La ciencia sagrada, dice Santo Tomás, es sabiduría sobre todas las sabidurías humanas; lo es, no en tal ó cual género, sino simplemente en el sentido más alto y más propio. El sabio dispone, ordena, juzga. Juzga de las cosas inferiores por una causa superior: por eso llamamos sabio, en cada género, al que considera la causa más elevada de ese género. El arquitecto es sabio respecto á los obreros y operarios que trabajan y preparan los materiales de un edificio, pues él ha visto su forma en su propia inteligencia. Si consideramos la vida humana, es sabio el hombre prudente, que dispone y ordena sus acciones al fin que le es conveniente. Luego aquel que considera la más alta de todas las causas, que es Dios, puede lla-